

# Más allá del mito liberal: la Reforma Universitaria según Juan Carlos Portantiero

Gómez Sebastián Jorge

## A modo de introducción

El presente capítulo se aboca al análisis de la Reforma Universitaria realizado por Juan Carlos —“el Negro”— Portantiero (1934–2007), especialmente en el libro que elaboró para el público italiano en 1971: *Studenti e rivoluzione nell'America Latina. Dalla “Reforma Universitaria” de 1918 a Fidel Castro*. Compiló documentos del movimiento estudiantil que estaban precedidos por un largo ensayo sobre la Reforma Universitaria, firmado por el autor en los acalorados tiempos del *Cordobazo*: mayo de 1969.<sup>1</sup>

Desde la historia intelectual, el escrito reconstruye brevemente el itinerario del autor y su producción teórica durante la década del sesenta y principios de los setenta para situar su lectura de la Reforma. Se considera que los largos años sesenta conformaron en sí mismos una *época*, es decir, un campo común de lo que es públicamente decible y aceptable

---

1 La versión en castellano del libro sobre la Reforma se publicó en México recién en 1978 a través de la editorial Siglo XXI en su colección América Nuestra, pero con algunas significativas modificaciones como la supresión del séptimo apartado del ensayo titulado *Studenti e populismo* (ver Bustelo, 2013; Tortti y Celentano, 2014).

en cierto momento histórico, conteniendo un espesor propio y límites más o menos precisos (Gilman, 2003). Entre los lindes de esta época sobresalió un tópico que atravesó a franjas de la denominada nueva izquierda intelectual de los años sesenta: la escisión entre intelectualidad y pueblo-nación. Si bien la cuestión animó debates a lo largo de la historia de la izquierda, alcanzó por aquellos años una gravitación considerable. Tal asunto estructuró la lectura de la Reforma Universitaria por Portantiero en un contexto de radicalización del movimiento estudiantil en el plano latinoamericano y europeo como de crisis del pensamiento liberal. A su vez, el autor encontrará en la cultura italiana y, particularmente, en el pensamiento del comunista Antonio Gramsci, claves para pensar la Reforma más allá de la trama liberal.

El capítulo contiene cuatro apartados. El primero, reconstruye brevemente la trayectoria político-intelectual de Portantiero en los años cincuenta y sesenta. El segundo y tercer apartado se aboca al análisis de la Reforma en Argentina y América Latina como así también las tareas políticas que derivaba de dicho análisis. Por último, se establece cierto paralelismo conceptual entre su análisis de la Reforma y del peronismo a fines de los sesenta. Breve itinerario de Portantiero durante los años cincuenta y sesenta: por una izquierda más allá del mito liberal.

Bajo la segunda presidencia de Juan Domingo Perón y en un clima político-cultural que asumía como sofocante, Portantiero buscó alternativas: poco antes de cumplir dieciocho años, en 1952, se afilió a la Federación Juvenil del Partido Comunista Argentino (PCA).<sup>2</sup> Si una figura resultó gravitante en su derrotero político-intelectual partidario, esa fue la de Héctor P. Agosti, que paulatinamente se convirtió en el intelectual

---

2 Perfiles político-intelectuales de Portantiero han sido trazados por Burgos (2004), Hilb (2009: 13-31), Altamirano (2011: 171-209) y Casco (2016).

más importante y requerido del Partido pero también, “a pesar” de su condición comunista, en una figura genuinamente reconocida por la intelectualidad liberal-democrática.<sup>3</sup> Siempre a caballo entre dos mundos, esto es, entre el campo cultural con sus valores y criterios sobre la excelencia intelectual y el ámbito del Partido con sus principios de autoridad y prescripciones, Agosti intentó renovar la política cultural comunista, lo que le valió frecuentes tensiones con una dirección partidaria estrechamente ligada al Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS). En su calidad de Secretario de Cultura del PCA, Agosti ofició como maestro de jóvenes intelectuales que se acercaron al Partido en los años cincuenta. Tuvo una particular sensibilidad por el “Negro”, al que introdujo en la cultura italiana y, específicamente, en el pensamiento de un mártir del comunismo italiano: Antonio Gramsci con quien Portantiero establecerá una relación intensa. Agosti tenía admiración por la cultura italiana de posguerra y particularmente por su herética tradición comunista que se mostraba como la corriente más distante del centro moscovita luego del XX Congreso del PCUS (1956). Tal admiración —que constituía una herejía para la dirección comunista local— sedimentó como un insumo crítico de primer orden entre las nuevas camadas que buscaban renovar las mediaciones entre política y cultura; entre intelectuales y pueblo-nación.<sup>4</sup>

Como parte de la apertura a la cultura italiana, Agosti impulsó a través de editorial Lautaro (cercana al comunismo local

---

3 Para un itinerario de Héctor Agosti, ver Schneider (1994); para un derrotero centrado en sus aporías y desgarramientos como intelectual de Partido, ver Acosta (2010), Petra (2017). Un análisis más comprensivo del rol de Agosti en el seno del comunismo argentino es suministrado por Masholder (2014).

4 En la revista *Nueva expresión*, de una efímera vida, (con sólo dos números en 1959) que Portantiero dirigió junto con Héctor Bustingorri y Mario Jorge De Lellis, se vislumbra la atracción por la cultura italiana, en particular por su narrativa —la de Alberto Moravia, Cesare Pavese, Elio Vittorini y Vasco Patrolini— y por su cine neorrealista.

aunque no estrictamente oficial), la primera traducción en 1950 de *Lettere dal carcere* de Antonio Gramsci y luego, entre 1958 y 1962, cuatro de los seis cuadernos carcelarios gramscianos. Portantiero acompañó esta última iniciativa y reseñó el cuaderno *Literatura y vida nacional* en el número 58 (julio-agosto, 1962, pp. 121-122) para la revista partidaria *Cuadernos de Cultura*. En reiteradas ocasiones, como en la Primera Reunión de Intelectuales Comunistas (celebrada finalmente en septiembre de 1956), Agosti sugirió la fecundidad del pensamiento gramsciano para el examen concreto y original de los fenómenos argentinos. También solía marcar la afinidad entre la caracterización de la historia italiana efectuada por el PCI y los problemas argentinos: ante una burguesía vernácula timorata, el terreno cultural y el papel de los intelectuales eran decisivo para la unificación de la nación en una clave popular y sustituir los resabios feudales.

Estas intervenciones e iniciativas editoriales comandadas por Agosti, son posibles situarlas en el cambio morfológico del espacio intelectual comunista a fines de los cincuenta. Junto al tradicional modelo de intelectual *de* partido que servía como blasón de legitimidad, emergía una nueva especie exigida por las filas juveniles: el intelectual *en el* partido, dispuesto a reclamar un rol específico en la elaboración de la estrategia de la organización (Bulacio, 2006). Agosti buscó articular y canalizar en torno a su figura una respuesta capaz de superar el tratamiento administrativo e instrumental con el que la dirección solía tratar el vínculo entre intelectuales y partido. Así introdujo a Portantiero en la redacción de *Cuadernos de Cultura*, donde ofició de una suerte de Secretario de Redacción.<sup>5</sup> Poco tiempo después, en febrero de 1961, también a

---

5 En el núm. 50 (noviembre-diciembre de 1960), Portantiero escribió un artículo que respondía a las urgencias partidarias: cuestionar las nuevas variantes dentro de la izquierda surgidas hacia fines del cincuenta que eran tildadas despectivamente bajo el rótulo de "neoizquierda".

pedido de Agosti, Portantiero se incorporó a la revista *Che* (de nueve números entre octubre de 1960 y noviembre de 1961). La revista dirigida por Pablo Giussani, se transformaba a partir de su núm. 7 (febrero de 1961), aunque sin pronunciarlo, en un proyecto compartido entre la tendencia izquierdista del Partido Socialista Argentino y el PCA. Decidida a escapar de la encerrona producida por el desencuentro entre la izquierda y el movimiento popular, la publicación impugnaba los ejes a partir de los cuales se desarrollaba la política desde 1955 y pretendía forjar un camino para el socialismo argentino que encontraba en la Revolución Cubana una referencia insoslayable (Tortti, 2014).

En el núm. 10 de la revista *Che* (abril de 1961), Portantiero fue mencionado como miembro de la redacción. En virtud de su oficio periodístico, viajó como corresponsal de la revista a Cuba en mayo de 1961, pocas semanas después de la invasión norteamericana a Playa Girón. Además de realizar una crónica en la que sobresalía la experiencia de resistencia popular a la invasión imperialista y la euforia ante “la primera derrota del imperialismo norteamericano en América Latina”, Portantiero entrevistó a Ernesto *Che* Guevara y a Raúl Castro. De conjunto, el relato mostraba la viabilidad del socialismo en nuestro continente, la admiración por la gesta cubana y por su dirección política (Portantiero, 1961a; 1961b). Es posible leer su descripción como una crítica a la dirección comunista en un doble sentido: por un lado, mostraba la audacia de los líderes cubanos y su estrecha unidad con el pueblo; por otro, colocaba en crisis a los códigos soviéticos que en su concepción etapista de la revolución para los países periféricos terminaban por disociar las tareas de liberación nacional de las socialistas. La intervención del autor ocurría en un escenario político signado por la creciente estructuración de una nueva izquierda que se mostraba distante de la izquierda tradicional, de las posturas liberales como de la

ortodoxia peronista (Terán, 1991). En el caso particular del comunismo, la línea de pensamiento que propugnaba la “defensa de la cultura” ante la barbarie fascista-peronista desde una matriz liberal, mostraba sus límites y era crecientemente impugnada.

La intensidad del vínculo con Agosti que llegó a los límites del plagio, como reconoció más tarde Portantiero, se vislumbró en su primer libro: *Realismo y realidad en la Narrativa Argentina* de 1961 (editado por Procyón, una de las editoriales oficiosas del PCA). El nudo central del ensayo se hallaba en su diagnóstico: la escisión entre intelectuales y sociedad nacional, el desajuste entre cultura y nación. El autor se preguntaba por las causas de esta fractura y ahondaba en una clásica temática gramsciana y agostiana: la formación histórica de los intelectuales. La literatura suministraba el terreno para ilustrar y exponer su argumento. En su análisis, Portantiero tomó distancia de los reduccionismos sociologizantes de la tradición comunista en torno a la literatura, para apoyarse, de manera original, en las formulas teóricas del filósofo italiano Galvano della Volpe y, en general, en la nueva crítica marxista italiana (Petra, 2017).

Derrocado el peronismo en 1955, el hiato entre intelectualidad y pueblo era una cuestión tan reiterada como sensible. El maestro de Portantiero ya había dinamizado este asunto en distintas contribuciones pero fundamentalmente en dos libros publicados en 1959: *Nación y Cultura* y *Mito Liberal*. Allí, Agosti realizó una crítica al liberalismo local, a su *intelligentsia* (expresada por la revista *Sur*, el suplemento cultural de *La Nación*, o escritores como Jorge Luis Borges). Esta elite poseía tanta vocación cosmopolita como desarraigado con el pueblo-nación. Propensa a alinearse con el poder terrateniente, la burguesía local no había fundado una intelectualidad orgánica a sus preceptos y parecía incapaz de dinamizar una revolución democrática.

Portantiero seguía estos lineamientos agostianos en su libro, ubicando la frustrada revolución democrática y nacional como parte de las razones de que la intelectualidad estuviese enajenada del pueblo-nación. Sin embargo, asomaban algunos puntos de rupturas y de radicalización del equilibrio dispuesto por Agosti. Estos puntos no eran nada más que grietas en su vínculo discipular. Más bien, eran los prolegómenos de la ruptura con su partido.

En *El mito liberal* (1959) Agosti había distinguido entre una tradición liberal y otra democrática en la historia argentina. Con esta última se identificaba, mientras que atribuía a la liberal una complicidad con la condición dependiente del país. Sin embargo, Agosti no cortaba amarras rotundamente con el filón liberal. A sus ojos, ésta guardaba una herencia digna de consideración (como leyes o políticas progresistas que contaban en su haber) y era posible aún recorrer un camino común entre liberales y comunistas dada la etapa democrática burguesa de la revolución que prescribía el Partido. Con todo, Agosti instaba a un juicio cauteloso y matizado respecto al liberalismo dado que algunas de sus vertientes dinamizaban líneas de continuidad con la tradición emancipatoria de Mayo de 1810. En Portantiero el juicio sobre la tradición liberal, en cambio, era tajante. El liberalismo que había extendido tempranamente su hegemonía a las filas del socialismo y al anarquismo, estaba entre las causas principales del destierro intelectual:

La inserción del marxismo en la problemática intelectual argentina es tardía. La sofocó desde un principio la vigencia tirana de la tradición liberal, que envolvió a socialistas y anarquistas, hasta transformarlos en prisioneros, en tantos casos voluntarios, de la cultura dominante. Falto de una orientación elaborada, el “progresismo” de nuestras capas medias intelectuales

no pudo estructurarse sino a saltos, en medio de confusiones y vacilaciones (1961c: 70–71).

Portantiero aseguraba que el peso del liberalismo en la cultura nacional implicó el retraso en la implantación del marxismo y, por lo tanto, privaba al progresismo intelectual vernáculo de un punto de referencia que lo dotara de cohesión y continuidad. Encontraba significativas diferencias con el caso italiano, donde Gramsci había introducido la problemática marxista en el seno de la cultura italiana y, al mismo tiempo, tomado distancia del linaje liberal, por lo que las nuevas generaciones tenían un punto de anclaje para vincularse productivamente con su pueblo-nación.

En *Realismo y realidad...* dos fenómenos significativos ilustraban la cisura entre intelectuales y masas: la Reforma Universitaria de 1918 y el peronismo. Ambos objetos habían sido ya tratados en un breve artículo de Portantiero en el núm. 29 de *Cuadernos de Cultura* (mayo de 1957). Es posible establecer un hilo común de la reflexión del autor entre fines de los años cincuenta hasta, como se verá, fines de los sesenta, pasando por su mencionado libro en 1961: la reforma y el peronismo contenían la explicación de la fractura entre la intelectualidad y el pueblo-nación. El primero, que contaba con una larga saga de lecturas, entre ellas del propio Agosti, había engendrado una renovación en la intelectualidad progresista, pero al no contar con puntos de anclaje que le diesen sentido y estructura, terminó preso del liberalismo antinacional y antipopular. El segundo, el peronismo, con su irrupción en la escena política, condujo a la intelectualidad “progresista” a refugiarse en el liberalismo. La incompreensión de este acontecimiento llevó a claudicar ante la antinomia liberal: se trataba de un capítulo más en la lucha de la “civilización” contra la “barbarie” en el plano nacional; un fenómeno que en el plano internacional se proyectaba en la lucha de la civilización



contra el fascismo. Pero para Portantiero era preciso sortear tal antinomia, en el contexto político-cultural de los años sesenta signado por una novedad: la crisis del pensamiento liberal de las elites. La literatura de ésta ya no coincidía con la realidad desatada por el hecho peronista: “Había un crecimiento objetivo de nuevas fuerzas en el país, para el cual el liberalismo no podía ser dato ni respuesta” (Portantiero, 1961c: 71).

En poco tiempo se produciría su ruptura con el PCA. Los influjos de la crisis del comunismo post XX Congreso del Partido Comunista (1956), la polémica chino-soviética desde fines de los años cincuenta, las evidentes limitaciones del comunismo local a la hora de interpretar cabalmente al peronismo y, ante todo, la nueva oleada proveniente de la Revolución Cubana, que recientemente había asumido su condición socialista (1961), fundamentaban un escenario proclive a la radicalización político-intelectual. Entre 1963 y 1964, Portantiero encabezó una fracción comunista disidente que encontraba en el maoísmo, y no en el centro moscovita, su principal referencia. La fracción tenía base en el movimiento estudiantil de la Universidad de Buenos Aires. Se autodenominaba Vanguardia Revolucionaria e, informalmente, “fracción portanterista”.<sup>6</sup>

El *jury* no tardó en llegar. A mediados de 1963 concurrieron autoridades partidarias para “enjuiciar” a Portantiero,

---

6 Los documentos firmados con la autoría colectiva de Vanguardia Revolucionaria, a principios de 1963, “Bases para la discusión de una estrategia y una táctica revolucionaria” y “Los Comicios del 7 de Julio y las perspectiva de la izquierda”, contenían una visión estratégica disímil a la dirección política del PCA. También puntos críticos de Portantiero respecto a la orientación del PCA pueden encontrarse en su contribución al primer número de la revista cordobesa *Pasado y Presente* (abril-junio de 1963): en el convulsionado escenario abierto con el derrocamiento de Frondizi, el PCA optaba por el triunfo de la fracción más progresiva de los militares (los *azules* sobre los *colorados*), mientras Portantiero proponía una salida proletaria ante una coyuntura que caracterizaba de “crisis revolucionaria”.

entre ellas, el propio Agosti. Sin embargo, la decisión del autor ya estaba tomada. La crisis de Portantiero con el partido abarcaba también a su lazo discipular. Agosti permaneció dentro del partido. Su desvinculación expresaba un descontento agudo entre las franjas juveniles del partido y una sensibilidad generacional por una nueva izquierda más radical y de marcado signo antiliberal.<sup>7</sup> Tal orientación condujo a Vanguardia Revolucionaria al compromiso con la fallida experiencia del Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) entre 1963 y 1964 conducido por Jorge Massetti en la provincia Salta y animada por los planes político-militares de Ernesto Guevara. Luego de la disolución de Vanguardia Revolucionaria, Portantiero se acercará al Movimiento de Liberación Nacional (MLN) liderado por Ismael Viñas que simpatizaba con el populismo.

## Un capítulo del clivaje entre intelectualidad y pueblo-nación: la Reforma Universitaria

Entre 1964 y 1966, Portantiero rendirá veinte materias para obtener el título de licenciado por la Universidad de Buenos Aires (UBA) en una de las disciplinas más dinámicas de los años sesenta: Sociología (Blanco, 2006). También en 1966 obtuvo por concurso el cargo de ayudante de la cátedra Sociología Sistemática del Departamento de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL) de la UBA, cuyo titular

---

7 Ya alejado del Partido, Portantiero, desde las páginas de la revista *Pasado y Presente*, no dejará dudas sobre aquello que insinuaba en su primer libro y saldará cuentas con la perspectiva política e historiográfica comunista de Benito Marianetti, al criticar su libro *Argentina, realidad y perspectivas* (Portantiero, 1964a). Entre otras aristas, impugnaba su justificación de la participación comunista en la Unión Democrática y la mera explicación del peronismo como un capítulo más de la lucha "entre el dualismo civilización y barbarie, transfigurado en 'democracia' y 'naziperonismo'" (p. 85), desestimando así las razones históricas vernáculas del fenómeno.

era Miguel Murmis. Ante la intervención universitaria de la dictadura de Onganía en julio de 1966, Murmis se alejó de la Facultad, pero Portantiero que ocupaba la segunda línea en la jerarquía profesoral, permaneció en la unidad académica hasta 1974.

Uno de los sitios de refugio de la intelectualidad crítica ante la intervención de las universidades fue el Instituto Di Tella. Desde este nuevo lugar, Murmis —quien provenía de la izquierda universitaria socialista— invitó a Portantiero a incorporarse al Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) del Instituto, por ese entonces comandado por Gino Germani, para colaborar en un proyecto sobre el peronismo. Siguieron las pretensiones científicas germanianas pero le adosaron un arsenal teórico de matriz marxista. En 1968 publicaron en forma de documentos de trabajo del Instituto Di Tella, *Crecimiento industrial y alianza de clases en Argentina (1930–1940)* y, un año después, *El movimiento obrero en los orígenes del peronismo*. Por iniciativa de José Aricó, ambos documentos fueron publicados en formato de libro por la editorial Siglo XXI en 1971 bajo el título *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. La cuestión peronista era abordada por Portantiero como parte del histórico clivaje entre intelectuales y pueblo–nación, es decir, su cabal interpretación era una tarea de suma importancia para el proyecto socialista y su arraigo nacional.<sup>8</sup> Su correcta lectura debía alejarse, según Portantiero, de la interpretación canónica hecha por Gino Germani —la cual se articulaba con las lecturas de la vieja izquierda— como de las efectuadas por intelectuales de la

---

8 La preocupación por el hiato entre la izquierda y las masas animó, una y otra vez, la reflexión de Portantiero a mediados de los sesenta. El asunto puede rastrearse en el primer escrito luego de la ruptura con el comunismo, publicado a inicios del 1965 en el órgano de Vanguardia Revolucionaria, *Táctica* (de sólo un número) (1964b); o en la contribución a fines de 1965 para la revista *Nueva política* (también de sólo un número), cuyo Consejo de Redacción estaba integrado, entre otros, por Ismael Viñas y miembros del Movimiento de Liberación Nacional.

izquierda nacional que solían homologar e identificar peronismo y socialismo.<sup>9</sup>

Prácticamente en paralelo al estudio del peronismo, Portantiero se concentró en el estudio de la Reforma Universitaria. En enero de 1971, el autor publicó en Italia —con traducción de Marcelo Ravoni y Gianni Guadalupi— *Studenti e rivoluzione nell' América Latina. Dalla "Reforma Universitaria" de 1918 a Fidel Castro*, que correspondía a la serie *I gabbiani* de la editorial milanesa, ligada al Partido Comunista Italiano, Il Saggiatore. El libro se componía de un largo ensayo introductorio firmado por Portantiero en mayo de 1969 con ocho apartados, al que le sucedían dos apéndices: el primero, "Documenti", de unas treinta páginas, compilaba manifiestos estudiantiles argentinos, mexicanos y cubanos; el segundo, "Testimoninze", de casi sesenta páginas, reproducía cuatros documentos de líderes latinoamericanos y del movimiento estudiantil en distintos momentos históricos: Julio Antonio Mella (de 1925), Aníbal Ponce (de 1927), Víctor Raúl Haya de la Torre (de 1928), Fidel Castro (de 1969). De este modo, Portantiero analizaba la Reforma Universitaria en su ensayo introductorio y le adosaba una serie de crónicas y documentos ligados a la experiencia del movimiento reformista en América Latina.

La actualidad de la intervención de Portantiero era contundente. Su ensayo firmado en mayo de 1969 tendía a coincidir con las jornadas protagonizadas por el movimiento estudiantil en el *Cordobazo* y en otras provincias como Tucumán, Santa Fe o Corrientes que fueron brutalmente

---

9 En un breve artículo publicado en la revista *Los Libros* (noviembre 1969), Portantiero se abocó a criticar dos polos en la interpretación del peronismo: por un lado, una izquierda liberal que perseguía los códigos germanianos; del otro, el nacionalismo de izquierda que a través de Rodolfo Puiggrós o Gonzalo Cárdenas dibujaban la preexistencia de "nuevos obreros" como agentes no contaminados por ideas foráneas o viejas estructuras europeizadas para explicar la gravitación del peronismo en los años cuarenta.

reprimidas por la dictadura de Onganía. También con los innumerables rebeliones estudiantiles en Europa y América a fines de los sesenta: en Norteamérica se asistía a un masivo rechazo a la aventura militar en Vietnam; el Mayo francés fue simultáneo a un sinnúmero de protestas en Europa occidental; la gravitación juvenil en la denominada *Primavera de Praga* que pretendió ensayar un comunismo con rostro humano; el imponente movimiento estudiantil mexicano, ferozmente reprimido en la Plaza de Tlatelolco; *Passeata dos Cem Mil* por las calles de Río de Janeiro. En Italia, entre septiembre y diciembre de 1969, como corolario del ambiente político del sesenta y ocho, estallará el denominado *Autunno Caldo (Otoño Caliente)* que conmoverá al país a través de la unidad de protestas obreras y agitaciones estudiantiles. A través de su ensayo Portantiero pretendía mostrar al público italiano que la ascendente protesta estudiantil en Europa guardaba algunos puntos de encuentro con las revueltas estudiantiles en la región latinoamericana. Posiblemente el “título original” que Portantiero había pensado para el libro era *Medio siglo de revolución estudiantil*, tal como aparece en la página cuatro de la edición italiana. Denotaba la voluntad por rastrear los antecedentes de la gesta estudiantil en la Reforma Universitaria e insinuar la actualidad de su ciclo. Además Portantiero, como parte del discurso tercermundista tan presente en la época, mostraba a la izquierda italiana que América Latina era el nuevo sitio histórico de las revueltas y contaba con una vasta historia.

El trabajo de Portantiero sobre la Reforma Universitaria formaba parte de su contribución a una historia del derrotero de los intelectuales argentinos —y latinoamericanos— capaz de explicar las desventuras del vínculo entre la intelectualidad crítica y el pueblo-nación. Éste es el filón típicamente agostiano/gramsciano que estructuró la labor de Portantiero y envolvió su escrito. Aludió al revolucionario sardo en solo

una ocasión en su largo ensayo introductorio, pero la cita daba cuenta de las claves del proceso:

La burguesía no consigue educar a sus jóvenes (luchas de generaciones) y los jóvenes se dejan arrastrar culturalmente por los obreros y al mismo tiempo se hacen o tratan de convertirse en jefes (deseo “inconsciente” de realizar la hegemonía de su propia clase sobre el pueblo) pero en las crisis históricas vuelven al redil (Gramsci citado en Portantiero, 1971: 106).

La cita no era nueva. Ya en el artículo de mayo de 1957 en *Cuadernos de Cultura* ante la certeza del surgimiento de una nueva generación literaria preocupada por la cuestión nacional y el arraigo popular, Portantiero había recurrido al mismo pasaje gramsciano a fin de marcar los límites del vanguardismo pequeño burgués.<sup>10</sup> Pregonaba, siguiendo a Gramsci, que el paso hacia la clase progresiva, su integración con ella debía ser raigal, no literario. Pero al escribir aún en los confines del aparato partidario, el futuro sociólogo sugería una mediación inexorable que permitía canalizar de manera solvente al entusiasmo juvenil: “Cabe anotar aquí que la única agrupación política capaz de eliminar naturalmente de su seno la discordia entre ‘viejos’ y ‘jóvenes’ es el Partido Comunista” (1957: 42). Años más tarde, el propio Portantiero

---

10 La contribución fue celebrada desde las páginas de *Contorno* por Ismael Viñas en el artículo “Orden y Progreso” de abril de 1959 consagrado a pasar revista por la situación de las izquierdas vernáculas que deambulaban entre la desorientación, el escepticismo, la irritación y la ira. Para Ismael Viñas, Portantiero apoyándose en Gramsci iluminaba la ilusión de la Reforma Universitaria que persistía entre las clases medias: llegar a dirigir a un proletariado que “sólo sería nuestra masa de maniobra” (1959: 22). El acercamiento de Portantiero a los hermanos Viñas, también puede encontrarse en el libro *Realismo y Realidad...* donde dedicó varias páginas elogiosas a David Viñas cuyas novelas solían insistir sobre los límites de la rebeldía entre los sectores de la pequeña burguesía (Rinesi, 2018).

experimentará los límites del Partido para eliminar naturalmente tal discordia.

Para una sociología crítica con pretensiones científicas, el análisis de la Reforma requería, según Portantiero, la discriminación de variables específicas para cada país, capaces de indicar el grado de desarrollo económico, social y político de las distintas sociedades latinoamericanas por las que la Reforma se propagó. En la Argentina, donde la Reforma alcanzó en un proceso conflictivo y contradictorio su plenitud como realización típicamente universitaria, el autor articuló la explicación de un proceso continental de movilización de la clase media —que por ejemplo, ganaba posiciones y acceso al sistema educativo y bregaba por su participación política en disputa con las oligarquías— con procesos específicos ligados a la irrupción del yrigoyenismo. A través de la reforma electoral de 1912, un nuevo sector había alcanzado la integración política e inició un ciclo marcado por la ampliación de la participación —finalizado en 1930, con el primer gobierno de facto, que derrocó a H. Yrigoyen—. En estas demandas e irrupción de la clase media frente a una oligarquía opuesta a la modernización, se gestó la Reforma Universitaria.

En un principio, para Portantiero, los objetivos del movimiento estudiantil reformista argentino fueron tímidos: las demandas se limitaban a cuestiones gremiales movidas por adecuar la universidad monacal de Córdoba a la altura de las tendencias de la Universidad de Buenos y la de La Plata. De ahí que los estudiantes cordobeses establecieran un frente común con profesores liberales y laicos. Pero Portantiero subrayaba los límites del liberalismo: los profesores liberales no resistieron la presión ejercida por el aparato monacal y la primera alianza se desestructuró. Así el movimiento que había comenzado con una retórica “arielista” y se mostraba carente de una ideología sólida, se

fue radicalizando al advertir la cobardía liberal y la imposibilidad de derrotar pacíficamente en la universidad a los restos de la vieja oligarquía. En el curso de su lucha, los estudiantes extrajeron una enseñanza decisiva: sólo alcanzarían sus reclamos a través de alianzas extra-estudiantiles. A medida que el movimiento estudiantil trasladaba sus reivindicaciones a la calle, ensanchaba su programa. Se convertía así en un eslabón, el más detonante, del movimiento político-general. Los estudiantes tejieron alianzas con la Federación Obrera de Córdoba, con el Partido Socialista Internacional —antecedente del PCA—, con el Partido Socialista (PS) y con otras figuras significativas —desde socialistas hasta liberales y anticlericales— que prestaron su apoyo a los estudiantes: José Ingenieros, Alejandro Korn, Alfredo Palacios, Manuel Ugarte. Así el sector más avanzado de la contraelite cultural argentina alentaba la batalla contra los resabios eclesiásticos en la ciudad monacal. Esta requerida solidaridad exterior se tradujo, además, en un rasgo saliente del movimiento reformista: su proyección continental, su destino latinoamericano común.

Para Portantiero, la Reforma fue la mayor escuela ideológica de los sectores avanzados de la pequeña burguesía dispuesta a enfrentar a la oligarquía. Estuvo atravesada, desde su inicio, por dos tendencias: aquella que confinaba al movimiento a un proyecto de cambio para la universidad, y la que empezaba a suponer que sin reforma social no podía haber una auténtica Reforma Universitaria. El movimiento estudiantil cordobés deambuló entre ambas tendencias, pero analizado a la distancia, Portantiero concluyó que la preeminencia estuvo en manos de la primera. Su aseveración coincidía con su cita de Gramsci: la pequeña burguesía, sus nuevas camadas, pretendían convertirse en dirección del proletariado, pero, finalmente, volvían al redil. Así, luego de varios meses de lucha y apoyado, entre



otros, por el radicalismo yrigoyenista, el movimiento estudiantil lograba un triunfo contra el clericalismo que Portantiero calificó, parafraseando a Gramsci —aunque sin mencionarlo—, como *kulturkampf*, es decir, una lucha cultural, teñida por reclamos de americanismo anticosmopolita y de solidarismo social (1971: 51).<sup>11</sup> Con evidentes aires gramscianos, para Portantiero la Reforma constituyó un intento exasperado por producir una “reforma intelectual y moral” que terminó planteándose sólo como una oposición a la cerrada hegemonía eclesiástica, y no fue más lejos. Si bien es cierto que el movimiento estudiantil atravesó momentos de “maduración crítica” en los que predominó la concepción de la Reforma Universitaria como un capítulo de la reforma social y se alejó del “liberalismo humanizante”, no logró consolidar una alianza perdurable con el ámbito extrauniversitario.

En Argentina, según el autor, donde el aspecto específicamente universitario de la Reforma había alcanzado su mayor despliegue, la izquierda acompañó al reformismo entre 1918 y 1923, así como a su marca antiimperialista. Al interior del movimiento universitario, los militantes marxistas, muy escasos por entonces, no buscaron diferenciarse todavía del radicalismo pequeño burgués que le otorgó un tono ideológico al proceso. Fue recién después de 1923 cuando la Reforma se politizó e incluso intentó formar un partido político —el Partido Nacional Reformista, en 1927— que afloraron las divergencias con el “clasismo” de izquierda. Sintéticamente, desde el filón comunista le cuestionaron tanto el “vanguardismo” implícito en su exaltación de la épica juvenil —que conducía a pretender reemplazar al proletariado— como

---

11 Sería de interés indagar si tal nominación de la reforma, no guarda deudas también con el artículo del erudito filósofo Carlos Astrada (1923) que tempranamente calificó al movimiento reformista como *kulturkampf* y reparó en sus efectos culturales sobre el dogmatismo católico cordobés.

su escasa vocación por vincularse con la clase obrera. Así, a sus ojos, el reformismo no superaba los límites pequeños burgueses y se restringía a un gremialismo universitario. Ante posiciones de esta índole los reformistas encontraron un mejor lugar en el histórico y liberal PS —con gravitante representación parlamentaria, inserción en el movimiento sindical y vasta historia— que en el “clasista” e incipiente PCA (Tortti y Celentano, 2014).

El PS, siempre desapegado de la lucha antiimperialista y de perfil liberal, no ofrecía un terreno para la radicalización y propagación del movimiento reformista, que fue decantando hacia una disputa netamente universitaria. En este Partido, la cuestión nacional había quedado sumergida debajo de una abstracta “cuestión social” planteada en términos solo del puro reformismo parlamentario. Portantiero reivindicaba a aquellas figuras del PS, como Manuel Ugarte, que intentaron atender a la cuestión nacional y fundar un socialismo popular a principios del siglo XX pero que terminaron expulsadas o desplazadas.

Según el autor, el reencuentro entre el reformismo y la izquierda recién se produciría a mediados de los años treinta, como consecuencia del avance del fascismo que desembocaría en el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Esta reconciliación no asumiría tintes antiimperialistas sino que se dirimió bajo una “coalición antifascista” que, en nombre de la lucha por la democracia, aceptaba la unidad con los sectores liberales. Para Portantiero, esta unidad implicó un abdicación respecto del original antiimperialismo de la Reforma, lo cual derivaría en su posterior oposición a los populismos latinoamericanos —entre ellos, el peronismo—, sospechosos de simpatía por el Eje. Así, en su periplo, el reformismo en Argentina terminó subsumido al liberalismo.

## La Revolución Cubana como faro. Por el reencuentro entre intelectualidad y pueblo-nación

El análisis de la Reforma de Portantiero no se restringía a la Argentina. El ensayo también comprendía sus consecuencias para la región latinoamericana. Aunque el proceso político asumió distintas formas, para el autor se bifurcó, tempranamente, en dos corrientes enfrentadas: los movimientos populares antiimperialistas y el marxismo cosmopolita (representado entonces básicamente por los grupos ligados a la III Internacional, doblemente abrumados por la discusión interna en la Unión Soviética y por el aislamiento con las masas populares de sus países). Así, entre 1922 y 1928, la Reforma se polarizó en un ala antiimperialista ligada a las clases medias y al reformismo (el caso ejemplar fue la Alianza Popular Revolucionaria Americana —APRA— en Perú), y otra comunista que no consiguió pensar lo nacional.

La cuestión nacional antiimperialista y la cuestión social —nación y socialismo— se escindían. Para Portantiero Cuba fue la excepción. A diferencia del resto de los países latinoamericanos, donde el antiimperialismo y el socialismo carecieron de articulaciones, la Reforma, aunque en un intrincado proceso, encontró su conjunción. En su último apartado del ensayo, “De Mella a Fidel”, Portantiero expuso la razones de esta originalidad. Las tradiciones que animaron la liberación del colonialismo español en Cuba dibujaban una constelación ideológica más compleja que en el resto de los países: José Martí, conocedor del pensamiento de Marx, trabajó por la liberación del yugo español junto con los incipientes grupos socialistas. Al igual que en Perú, la Reforma Universitaria implicó una inmediata preocupación por ensanchar y proyectar al movimiento estudiantil hacia otros sectores sociales. Pero al haber sido Julio Antonio Mella —líder del

proceso— quien fundó posteriormente el PC Cubano, el comunismo fue el principal heredero de la Reforma.

Según Portantiero, Mella concentraba, además, el encuentro del comunismo con el nacionalismo democrático liderado por Martí. El socialismo y la cuestión nacional tuvieron en Cuba una precoz articulación. Para Mella, la Reforma no debía afincarse sólo en el plano universitario —como sucedió en Argentina—, pero tampoco extenderse como una tentativa “vanguardista” de la pequeña burguesía sobre las clases populares (como APRA). Era el proletariado quien debía contar con la hegemonía en una revolución democrática. Así, la Reforma en Cuba se apoyó en las tradiciones locales y nacionales del socialismo, y estaba dispuesta a volverse popular, a fundirse con el proletariado. Aunque en la isla también la Reforma tuvo su momento de reflujo, la aparición del Movimiento 26 de Julio en 1953 bajo la guía del líder estudiantil Fidel Castro, recuperó esta tradición y dinamizó “la continuidad entre presente y pasado”. Castro prosiguió a Mella, y encarnó así la síntesis de una doble perspectiva que en la historia del continente marchaba desencontrada luego de Reforma: el nacionalismo democrático de los primeros apristas y el socialismo abstracto de los primeros marxistas.

Si bien Portantiero reconocía las particularidades de la conformación política e ideológica de Cuba, su Revolución, tan admirada por la nueva izquierda y por el propio autor en los años sesenta, marcaba el camino correcto para la intelectualidad argentina: de las clases medias podía surgir un grupo coherente capaz de ligarse con un movimiento popular y radicalizarlo.<sup>12</sup>

---

12 Portantiero prosiguió el argumento sobre la experiencia cubana en la segunda etapa de la revista *Pasado y Presente* (1973a). En el segundo número, dentro de la sección titulada “Textos”, el “Negro” introdujo un inédito documento de Cooke de mediados de 1961, preparado en Cuba para Fidel Castro: “Apuntes para una crítica del reformismo en la Argentina”. Este documento constituía una radical impugnación al liberalismo del PCA. En su presentación, Portantiero subrayaba

El séptimo apartado “Studenti e populismo”, prestaba un análisis de la historia nacional reciente, en estricto, de la oposición del movimiento estudiantil al movimiento popular encabezado por Perón —desde el golpe de junio de 1943 hasta su derrocamiento de 1955— en vistas a introducir un balance distinto, capaz de sentar las bases del reencuentro entre el movimiento universitario y el movimiento nacional popular con que se identificaba la clase trabajadora. El autor atribuía gran parte del desencuentro entre ambos a los enfrentamientos que, al calor de la disputa fascismo–dictadura, venían desarrollándose entre el régimen militar y el movimiento estudiantil. En sintonía con *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Portantiero buscaba renovar las claves de análisis del movimiento peronista en el arco de la izquierda: más allá de cierta influencia del fascismo sobre la “ideología populista”, su rasgo central residía en su capacidad de poner en movimiento “energías nacionales y populares”; en la irrupción de una clase obrera que rompía los equilibrios políticos preexistentes. Así, el movimiento presentaba importantes diferencias respecto a los fascismos europeos. Con tintes gramscianos, aunque también con una retórica agostiana, argüía que el peronismo constituía un “movimiento nacional popular” surgido de una peculiar alianzas de clases. Encabezado por oficiales nacionalistas, portavoz del desarrollo con un proyecto de crecimiento autónomo, aunque limitado, y apoyado por sectores propietarios y por la enorme mayoría

---

la preocupación que lo perseguía: la viabilidad de la corriente socialista se afincaba en el terreno nacional–popular. Cuba era el ejemplo de esta fusión y, según el autor, Cooke también lo había registrado. Similar orientación puede vislumbrarse tanto en las sucesivas editoriales de *Pasado y Presente* como en el largo artículo de Portantiero (1973b) publicado en el primero número que dejaba entrever una posible salida progresiva por parte del gobierno de Cárpora al “empate hegemónico” entre el bloque encabezado por la fracción monopolista del capital y aquel encabezado por los intereses de los trabajadores fabriles.

de los trabajadores, se oponía a las viejas clases beneficiarias del esquema librecambista.

Al no correrse de la identificación de Perón con el fascismo, el movimiento reformista atendió sólo sus propias reivindicaciones y optó —como la izquierda “abstractamente clasista”— por aliarse con el “bloque liberal conservador”, opositor a Perón. La tradición de la Reforma Universitaria y el movimiento estudiantil eligieron el liberalismo. Así, el Reformismo ni siquiera valoró los efectos “socialmente democratizantes” dirigidos al ámbito universitario que resolvían sus reivindicaciones sociales: la supresión de aranceles, la eliminación del examen de ingreso, el aumento de la matrícula o la creación de la universidad obrera. Portantiero se apoyaba tanto para subrayar los efectos progresivos del gobierno peronista en materia universitaria como en la necesidad de revisar la postura del reformismo, en el principal referente del Movimiento de Liberación Nacional y antiguo miembro de la revista *Contorno*: Ramón Alcalde.

Las cargas del balance y del desencuentro de la intelectualidad con el proletariado, recaían excesivamente sobre el movimiento estudiantil que era llamado a romper con su liberalismo y reencontrarse con el pueblo-nación. Aplicando una similar matriz maoísta a la crítica que le propinó al PCA a principios de los sesenta, instaba al movimiento estudiantil a divisar la contradicción fascismo-antifascismo para interpretar al peronismo como secundaria, siendo la principal la desplegada entre este movimiento nacional popular contra la oligarquía vernácula. El autor cerraba el apartado llamando a un “examen de conciencia” del movimiento reformista para desandar sus pasos, desapegarse del liberalismo, atender al tibio antiimperialismo del peronismo y, sobre todo, a la identificación política del proletariado con este movimiento. El socialismo no podía continuar descansando en abstracciones imbuidas de liberalismo, sino que debía

arraigarse en la nación, en sus movimientos populares; debía replantearse la unidad obrero–estudiantil, prosiguiendo así los aspectos más radicalizados de la Reforma. La adhesión de franjas y organizaciones estudiantiles al peronismo hacia fines de los años sesenta —lo que Hernández Arregui denominaba la “nacionalización del estudiantado”— expresaba un dato histórico novedoso, dada la tradicional oposición estudiantil al régimen peronista (Dip, 2017). Portantiero pretendió ahondar esta tendencia bajo un supuesto que en pocos años ingresaría en abierta crisis: el peronismo era un sustrato de experiencia popular sobre la cual la identidad socialista podía dirimirse; existía una posible continuidad entre movimientos nacional-populares y socialismo.

## **A modo de cierre**

En sintonía con sus producciones previas, el fenómeno de la Reforma Universitaria fue aprehendido por parte de Portantiero a partir de una inquietud: la escisión entre la intelectualidad y el pueblo-nación. El devenir de la reforma, como del peronismo, resultaban dos momentos centrales en la explicación del desgarramiento de la intelectualidad local. Su revisión, además, guardaba un trasfondo estratégico: la conformación de un socialismo anclado en la originalidad nacional. En efecto, la revisión del papel de la intelectualidad se inscribía en un esfuerzo que abarcaba a diversas franjas de la izquierda por aquellos años: descifrar en otras claves la relación entre izquierda y nación (Georgieff, 2008).

Se podrían aplicar las limitaciones de Murmis y de Portantiero al subordinar las dimensiones ideológicas, políticas y culturales de la emergencia del fenómeno peronista al exclusivo plano del conflicto social y el interés de clase (Camarero, 2012: 34) al análisis del autor sobre la Reforma Universitaria.

Los aspectos o implicancias específicamente culturales del movimiento universitario argentino y latinoamericano fueron relegados en pos de asir su lugar en la estructura social y en el despliegue de sus alianzas. De todas maneras, esto no debe soslayar la significativa contribución de Portantiero al análisis de la Reforma Universitaria: por un lado, iluminó aspectos relegados hasta entonces y, por otro, trazó la vigencia de una problemática del reformismo: la unidad entre movimiento estudiantil y pueblo-nación que ganaba actualidad en los vertiginosos años sesenta/setenta.



## Bibliografía

- Altamirano, C. (2011). Trayecto de un gramsciano argentino. *Peronismo y cultura de izquierda*. Bs. As., Siglo XXI.
- Astrada, C. (1923). Nuestro *Kulturkampf*. Perspectiva de la Reforma Universitaria. En Astrada, Carlos (en prensa). Discursos, ensayos y manifiestos del joven Carlos Astrada (ensayo introductorio y edición de Natalia Bustelo y Lucas Domínguez Rubio). Buenos Aires, Las Cuarenta.
- Blanco, A. (2006). *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*. Bs. As., Siglo XXI.
- Bulacio, J. (2006). Intelectuales, prácticas e intervención política: la experiencia gramsciana en el Partido Comunista Argentino. En: Biagini, H. y Roig, A. (comps.). *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX, tomo II: Obrerismo, vanguardia, justicia social (1930-1960)*. Bs. As., Biblos.
- Burgos, R. (2004). *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*. Bs. As., Siglo XXI.
- Bustelo, N.; Celentano, A. (2012). Estudiantes y populismo de Juan Carlos Portantiero. Presentación, *Los trabajos y los días*, núm. 3, pp. 87-94.
- Bustelo, N. (2013). La Reforma Universitaria como Kulturkampf. La lectura gramsciana de Juan Carlos Portantiero, *Sociohistórica*, núm. 31.
- Camarero, H. (2012). Claves para la relectura de un clásico. En: Murmis, M. y Portantiero, J. C. (2012 [1971]). *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Casco, J. (2016). De la revolución a la democracia. Cuarenta años de cultura y política en la obra de Juan Carlos Portantiero. Tesis doctoral. Universidad Nacional de San Martín.
- Dip, N. (2017). *Libros y alpargatas. La peronización de estudiantes, docentes e intelectuales de la UBA (1966-1974)*. Rosario, Prohistoria.
- Georgieff, G. (2008). Nación y revolución. Itinerarios de una controversia en Argentina (1960-1970). Bs. As, Prometeo.
- Gilman, C. (2003). *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Bs. As., Siglo XXI.

- Hilb, C. (2009). Introducción. En Hilb, C. (comp.). *El político y el científico. Ensayos en homenaje a Juan Carlos Portantiero*. Buenos Aires Siglo XXI.
- Petra, A. (2017). *Intelectual y cultura comunista. Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra*. Bs. As., Fondo de Cultura Económica.
- Portantiero, J. C. (1957). La nueva generación literaria, *Cuadernos de Cultura*, núm. 29, pp. 27-44.
- (1960). Algunas variantes en la neo-izquierda argentina, *Cuadernos de cultura*, núm. 50, pp. 59-74.
- (1961a). ¿Qué es Cuba socialista?, *Che*, año 1, núm.18, pp. 14-16.
- (1961b). Cuba: Detenerse es retroceder. Con el Che y Raúl, en Santiago de Cuba, *Che*, año 1, núm. 19, pp. 10-11.
- (1961c). *Realismo y realidad en la narrativa argentina*. Buenos Aires, Procyón.
- (1963). Política y clases sociales en la Argentina actual, *Pasado y Presente*, núm. 1, pp. 18-23.
- (1964a). Un análisis "marxista" de la realidad argentina, *Pasado y Presente*, núm. 5-6, pp. 82-86.
- (1964b). Crisis en la izquierda argentina, *Táctica*, año 1, núm. 1, pp. 15-21.
- (1965). Socialismo y nación, *Nueva política*, año 1, núm. 1, pp. 5-19.
- (1969). El peronismo: civilización o barbarie, *Los Libros*, núm. 5, pp. 10-11.
- (1971). *Studenti e rivoluzione nell' America Latina*. Milan, il Saggiatore.
- (1973a). Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual, *Pasado y Presente*, año IV, núm. 1, pp.31-64.
- (1973b). Introducción a un inédito, *Pasado y Presente*, vol. IV, núm. 2-3, pp. 369-372.
- Schneider, S. (1994). *Héctor P. Agosti. Creación y milicia*. Buenos Aires, Grupo de Amigos de Héctor P. Agosti.
- Rinesi, E. (2018). Prólogo. En Portantiero, J. *Estudiantes y política en América Latina*. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

- Terán, O. (1991). *Nuestros años sesenta*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Tortti, M. y Celentano, A. (2014), Estudiantes, izquierda y peronismo en la Argentina: una visión desde la nueva izquierda. En: Tortti, C. (dir): *La nueva izquierda argentina (1955 – 1976)*. Socialismo, peronismo y revolución. Rosario, Prohistoria.
- Tortti, C. (2014), *Che, una revista de la nueva izquierda*. Buenos Aires, Cedinci.
- Viñas, I. (1959). Orden y Progreso, *Contorno*, núm. 9-10, pp. 15-75.